

tades, y respondieron á ellas, los padres Maignan y Sauguens. Sé tambien que ni su doctrina ni sus respuestas están condenadas. Impugnarlas pedia mucho mayor prolijidad que la que permite el asunto de mi obra, en la cual sólo podía entrar por via de digresion.

Así, sólo notaré que cualquiera de los nuevos sistemas filosóficos, aunque sea absolutamente compatible con la doctrina revelada, tiene un grave inconveniente contra la teología escolástica; porque, como esta, desde santo Tomas, empezó á explicarse siguiendo el sistema filosófico de Aristóteles, zanjada ya de este modo en todas las escuelas y en todos los libros esta gran fábrica, no puede sin mucho dispendio derribarse, para erigirse sobre nuevos cimientos en otra forma.

Ni á la verdad, la filosofía aristotélica que se enseña en las escuelas embaraza á los demas filósofos que se apartan de Aristóteles; pues aquella, si se mira bien, es una pura metafísica, cuyos conceptos son explicables en cualquier sistema físico. Quiero decir que los conceptos de materia, forma, substancia, accidente, cualidad, etc., tomados metafísicamente, son verificables en todos los sistemas. Así los explicó todos en el cartesiano el célebre discípulo de Descartes Jacobo Rohol.

Por tanto, los que se dedican á la filosofía mirándola, no precisamente como escala para subir á la teología escolástica, sino como instrumento para examinar la naturaleza, pueden, sin sujetarse servilmente al peripatetismo, buscar la verdad por el camino que les parezca más derecho, pero sin perder jamas de vista los dogmas sagrados, para no tropezar en alguna sentencia filosófica incompatible con cualquiera de ellos.

Esta consideracion faltó á tal cual filósofo de estos tiempos, señaladamente á Renato Descartes, el cual juzgaba desembarazarse bastante de las objeciones teológicas que le hacian, respondiendo que discurría sólo como filósofo natural, y no se metia en las cosas sobrenaturales. Esto es lo mismo que si un piloto á quien representasen que, segun la observacion de las estrellas, iba errada la navegacion, respondiese que él navegaba por el mar, y no por el cielo. Los dogmas filosóficos necesariamente son falsos en cuanto no fueren conciliables con los revelados. El filósofo natural no ha de per-

der de vista la fe, como el piloto nunca ha de abandonar la consideracion del polo.

En lo demas es menester huir de dós extremos, que igualmente estorban el hallazgo de la verdad. El uno es la tenaz adherencia á las máximas antiguas; el otro la indiscreta inclinacion á las doctrinas nuevas. El verdadero filósofo no debe ser parcial ni de este ni de aquel siglo. En las naciones extranjeras pecan muchos en el segundo extremo; en España casi todos en el primero.

Pero en todas partes tienen las novedades filosóficas unos grandes enemigos en los profesores ancianos. Estos, ó por el amor que con el largo trato cogieron á la escuela que siguen, ó porque consideran como matrimonio indisoluble el que hicieron con la doctrina estudiada, con todas sus fuerzas resisten toda novedad. Esto, entre tanto que las cosas están en el equilibrio de la opinion, puede llamarse constancia; y en todo caso debe mantenerse en la posesion la doctrina antigua mientras no presente mejores derechos la nueva. Pero cerrar los ojos al exámen de los fundamentos, tratar de quimérica la sentencia opuesta, como hacen muchos, sin saber en qué se funda, no es constancia, sino ceguera, y es incurrir en la injusticia de condenar la parte que no es oida. Y lo que es peor, no faltan algunos que, llegando á desengañarse de la falsedad de sus ancianas opiniones en este ó en aquel punto filosófico, no quieren confesarlo, ó porque tienen por oprobrio la retractacion, ó porque juzgan desdoro suyo que los que son más nuevos que ellos logren el triunfo de dar á conocer que hallaron la verdad, que ellos inútilmente y por senda errada buscaron tanto tiempo. Aquí lo de Juvenal:

*Vel quia turpè putant parere minoribus, et que
Imberbes didicere, senes spernenda fateri.*

Creo que no hay peripatético de mediano juicio que, examinando los argumentos que hay para negar la existencia de la esfera del fuego en el cóncavo del cielo de la luna, no los reconozca invencibles. Con todo, rarísimo se halla que en el exterior se aparte de la opinion comun de la escuela.

LAS MODAS.

§ I.

Siempre la moda fué de la moda. Quiero decir que siempre el mundo fué inclinado á los nuevos usos. Esto lo lleva de suyo la misma naturaleza. Todo lo viejo fastidia. El tiempo todo lo destruye. A lo que no quita la vida, quita la gracia. Aun las cosas insensibles tienen, como las mujeres, vinculada su hermosura á la primera edad, y todo donaire pierden al salir de la juventud; por lo ménos así se representa á nuestros señ-

tidos, aun cuando no hay inmutacion alguna en los objetos.

Est quoque cunclarum novitas gratissima rerum.

Piensen algunos que la variacion de las modas depende de que sucesivamente se va refinando más el gusto, ó la inventiva de los hombres cada dia es más delicada. Notable engaño! No agrada la moda nueva por mejor, sino por nueva. Aun dije demasiado. No agrada porque es nueva, sino porque se juzga que lo

es, y por lo comun se juzga mal. Los modos de vestir de hoy, que llamamos nuevos, por la mayor parte son antiquísimos. Aquel linaje de anticuarios, que llaman medallistas (estudio que en las naciones tambien es de la moda), han hallado en las medallas, que las antiguas emperatrices tenían los mismos modos de vestidos y tocados que, como novísimos, usan las damas en estos tiempos. De los fontanges que se juzgan invencion de este tiempo próximo, se hallan claras señas en algunos poetas antiguos. Juvenal, sátira 6:

*Tot premit ordinibus, tot adhuc compagibus altum
Edificat caput.*

Stacio, silva 2.^a:

*Celsa procul aspice frontis honores,
Sugestumque comæ.*

De modo que el sueño del año magno de Platon, en cuanto á las modas se hizo realidad. Decia aquel filósofo que, pasado un gran número de años, restituyéndose á la misma positura los luminares celestes, se haria una regeneracion universal de todas las cosas; que nacerian de nuevo los mismos hombres, los mismos brutos, las mismas plantas, y aun repetiría la fortuna los mismos sucesos. Si lo hubiera limitado á las modas, no fuera sueño, sino profecía. Hoy renace el uso mismo que veinte siglos há espiró. Nuestros mayores le vieron decrepito, y nosotros le logramos niño. Enteróle entonces el fastidio, y hoy le resucita el antojo (1).

§ II.

Pero aunque en todos tiempos reinó la moda, está sobre muy distinto pié en este que en los pasados su imperio. Antes el gusto mandaba en la moda, ahora la moda manda en el gusto. Ya no se deja un modo de vestir porque fastidia, ni porque el nuevo parece, ó más conveniente, ó más airoso. Aunque aquel sea y parezca mejor, se deja porque así lo manda la moda. Antes se atendía á la mejoría, aunque fuese sólo imaginada, ó por lo ménos un nuevo uso, por ser nuevo, agradaba, y hecho agradable, se admitía; ahora, aun cuando no agrada, se admite sólo por ser nuevo. Malo sería que fuese tan inconstante el gusto; pero peor es que sin interesarse el gusto haya tanta inconstancia.

De suerte que la moda se ha hecho un dueño tirano, y sobre tirano, importuno, que cada dia pone nuevas leyes para sacar cada dia nuevos tributos; pues cada nuevo uso que introduce es un nuevo impuesto sobre las haciendas. No se trajo cuatro dias el vestido, cuando es preciso arrimarle como inútil, y sin estar usado, se ha de condenar como viejo. Nunca se menudearon tanto las modas como ahora, ni con mucho. Antes la nueva invencion esperaba que los hombres se disgus-

(1) Hubo tambien entre las romanas el uso de los rodetes en la misma forma que hoy se practican, como se puede ver en nuestro Montfaucon, tomo II de la *Antigüedad explicada*, libro I, capítulo XIV, en la segunda lámina que se sigue á esta página, y en el mismo tomo, libro II, capítulo II, se lee que usaban tambien de agujas, ya de oro, ya de plata, ya de otros metales inferiores, segun el caudal de cada una, en el pelo; á quienes, por tanto, llamaban *acus crimales*.

tasen de la antecedente, y á que gustasen lo que se habia arreglado á ella. Atendíase al gusto y se excusaba el gasto: ahora todo se atropella. Se aumenta infinito el gasto, aun sin contemplar el gusto.

Monsieur Henrion, célebre medallista de la academia real de las Inscripciones de Paris, por el cotejo de las medallas halló que en estos tiempos se reprodujeron en ménos de cuarenta años todos los géneros de tocados que la antigüedad inventó en la sucesion de muchos siglos. No sucede esto porque los antiguos fuesen ménos inventivos que nosotros, sino porque nosotros somos más extravagantes que los antiguos.

Ya há muchos dias que se escribió el chiste de un loco que andaba desnudo por las calles con una pieza de paño al hombro, y cuando le preguntaban por qué no se vestía, ya que tenia paño, respondía, que esperaba ver en qué paraban las modas, porque no queria malograr el paño en un vestido, que dentro de poco tiempo, por venir nueva moda, no le sirviese. Leí este chiste en un libro italiano impreso cien años há. Desde aquel tiempo al nuestro se ha acelerado tanto el rápido movimiento de las modas, que lo que entonces se celebró como graciosa extravagancia de un loco, hoy pudiera pasar por madura reflexion de un hombre cuerdo.

§ III.

Francia es el móvil de modas. De Francia lo es Paris, y de Paris un frances, ó una francesa, aquel ó aquella á quien primero ocurrió la nueva invencion. Rara traza, y más eficaz sin duda que aquella de que se jactaba Arquímedes, se halló para que un particular moviese toda la tierra. Los franceses, en cuya composicion, segun la confesion de un autor suyo, entra por quinto elemento la ligereza, con este arbitrio influyeron en todas las demas naciones su inconstancia, y en todas establecieron una nueva especie de monarquía. Ellos mismos se felicitan sobre este asunto; para lo cual será bien se vea lo que en orden á él razona el discreto Carlos de San Denis, conocido comunmente por el nombre ó título de *Señor de San Euremont*.

«No hay país, dice este autor, donde haya ménos uso de la razon que en Francia, aunque es verdad que en ninguna parte es más pura que aquella poca que se halla entre nosotros. Comunmente todo es fantasía; pero una fantasía tan bella y un capricho tan noble en lo que mira al exterior, que los extranjeros, avergonzados de su buen juicio, como de una calidad grosera, procuran hacerse espectables por la imitacion de nuestras modas, y renuncian á cualidades esenciales por afectar un aire y unas maneras que casi no es posible que les asienten. Así, esta eterna mudanza de muebles y hábitos que se nos culpa, y que no obstante se imita, viene á ser, sin que se piense en ello, una gran providencia; porque, ademas del infinito dinero que sacamos por este camino, es un interes más sólido de lo que se cree el tener franceses esparcidos por todas las córtes, los cuales forman el exterior de todos los pueblos en el modelo del nuestro, que dan principio á nuestra dominacion, sujetando sus ojos adonde el corazon se opone aun á nuestras leyes, y ganan los sen-

tidos en favor de nuestro imperio adonde los sentimientos están aún de parte de la libertad.»

Ahí es nada, á vista de esto, el mal que nos hacen los franceses con sus modas: cegar nuestro buen juicio con su extravagancia, sacarnos con sus invenciones infinito dinero, triunfar como dueños sobre nuestra deferencia, haciéndonos vasallos de su capricho, y en fin, reirse de nosotros como de unos monos ridículos, que queriendo imitarlos, no acertamos con ello.

En cuanto á que las modas francesas tengan alguna particular nobleza y hermosura, pienso que no basta para creerlo el decirlo un autor apasionado. Las cotillas vinieron de Francia, y en una porcion, la más desabrida de las montañas de Leon, que llaman la tierra de los Arguellos, las usan de tiempo inmemorial aquellas serranas, que parecen más fieras que mujeres. No creo que sus mayores, que las introdujeron, tenían muy delicado el gusto. Si una mujer de aquella tierra pareciese en Madrid ántes de venir de Francia esta moda, sería la risa de todo el pueblo; con que el venir de Francia es lo que le da todo el precio. Cada uno hará el juicio conforme á su genio. Lo que por mí puedo decir es, que casi todas las modas nuevas me dan en rostro, exceptuando aquellas que, ó cercenan gasto, ó añaden decencia.

§ IV

Las mujeres, que tanto ansian parecer bien, con la frecuente admision de nuevas modas, lo más del tiempo parecen mal. Esto en lo moral trae una gran conveniencia. Aunque lo nuevo place, pero no en los primeros días. Aun el que tiene mas voltario el gusto ha menester dejar pasar algun tiempo, para que la extrañeza de la moda se vaya haciendo tratable á la vista. Como la novedad de manjares al principio no hace buen estómago, lo mismo sucede en los demas sentidos respecto de sus objetos. Por más que se diga que agradan las cosas forasteras, cuando llegan á agradar ya están domesticadas. Es preciso que el trato gaste algun tiempo en sobornar el gusto. La alma no borra en un momento las agradables impresiones que tenía admitidas, y hasta borrar aquellas, todas las impresiones opuestas le son desagradables.

De aquí viene que al principio parecen mal todas, ó casi todas las modas, y como la vista no es precisiva, las mujeres que las usan pierden, respecto de los ojos, mucho del agrado que tenían. Qué sucede, pues? Qué cuando con el tiempo acaba de familiarizarse al gusto aquella moda, viene otra moda nueva, que tampoco al principio es del gusto; y de este modo, es poquísimo el tiempo en que logran el atractivo del adorno, ó por mejor decir, en que el adorno no les quita mucho del atractivo.

Yo me figuro que en aquel tiempo que las damas empezaron á emblanquecer el pelo con polvos, todas hacian representacion de viejas. Se me hace muy verisímil que alguna vieja de mucha autoridad inventó aquella moda para ocultar su edad, pues pareciendo todas canas, no se distingue en quién es natural ó artificial la blancura del cabello; traza poco desemejante á la de la zorra de Esopo, que habiendo perdido la cola

en cierta infeliz empresa, persuadia á las demas zorras que se la quitasen tambien, fingiéndoles en ello conveniencia y hermosura. Viene literalmente á estas, que pierden la representacion de la juventud, dando á su cabello, con polvos comprados, las señas de la vejez, lo que decia Propercio á su Cintia:

Naturaque decus mercato perdere cultu.

¿Qué diré de otras muchas modas, por varios caminos incómodas? Como con los polvos se hizo parecer á las mujeres canas, con lo tirante del pelo se hicieron infinitas efectivamente calvas. Hemos visto los brazos puestos en mísera prision, hasta hacer las manos incommunicables con la cabeza, los hombros desquiciados de su propio sitio, los talles estrujados en una rigurosa tortura. Y todo esto por qué? Porque viene de Francia á Madrid la noticia de que esta es la moda.

No hay hombre de seso que no se ria cuando lee en Plutarco que los amigos y áulicos de Alejandro afectaban inclinar la cabeza sobre el hombro izquierdo, porque aquel príncipe era hecho de ese modo; mucho más se lee en Diodoro Siculo, que los cortesanos del rey de Etiopía se desfiguraban, para imitar las deformidades de su soberano, hasta hacerse tuertos, cojos ó mancos, si el rey era tuerto, manco ó cojo. Mas al fin, aquellos hombres tenían el interes de captar la gracia del príncipe con este obsequio, y si cada dia vemos que los cortesanos adelantan la lisonja hasta sacrificar el alma, ¿qué extrañaríamos el sacrificio de un ojo, de una mano ó de un pié? Pero en la imitacion de las modas que reinan en estos tiempos padecen las pobres mujeres el martirio, sin que nadie se lo reciba por obsequio. ¿No es más irrisible extravagancia esta que aquella?

§ V.

Aun fuera tolerable la moda si se contuviese en las cosas que pertenecen al adorno exterior; pero esta señora há mucho tiempo que salió de estas márgenes, y á todo ha extendido su imperio. Es moda andar de esta ó aquella manera, tener el cuerpo en esta ó aquella postura, comer así ó asado, hablar alto ó bajo, usar de estas ó aquellas voces, tomar el chocolate frío ó caliente, hacer esta ó aquella materia de la conversacion. Hasta el aplicarse á adquirir el conocimiento de esta ó aquella materia se ha hecho cosa de moda.

El abad de la Mota, en su diario de 8 de Marzo del año de 1686, dice que en aquel tiempo habia cogido grande vuelo entre las damas francesas la aplicacion á las matemáticas. Esto se habia hecho moda. Ya no se hablaba en los estrados cosa de galantería. No sonaba otra cosa en ellos que problemas, teoremas, ángulos, romboides, pentágonos, trapecias, etc. El pobre pisa-verde que se metia en un estrado, fiado en cuatro cláusulas amoratorias, cuya formacion le habia costado no poco desvelo, se hallaba corrido, porque se veia precisado á enmudecer y á no entender palabra de lo que se hablaba. Un matemático viejo, calvo y derrengado era más bien oido de las damas que el jóven mas galan de la corte.

§ VI.

El mismo autor cuenta de una, que proponiéndola un casamiento muy bueno, puso por condicion inexcusable que el pretendiente aprendiese á hacer telescopios; y de otra que no quiso admitir por consorte á un caballero de bellas prendas, sólo porque dentro de un plazo que le habia señalado no habia discurrido algo de nuevo sobre la cuadratura del círculo. Creo que no lo miraban mal, una vez que no se resolviesen á abandonar este estudio; pues habiéndose casado otra de estas damas matemáticas con un caballero que no tenía la misma inclinacion, le salió muy costoso su poco reparo. Fué el caso, que no pudiendo el marido sufrir que la mujer se estuviese todas las noches examinando el cielo con el telescopio, ni quitarle esta mania, se separó de ella para siempre. Otros acaso querrian que sus mujeres no comerciasen sino con las estrellas. No sé si áun dura esta moda en Francia; pero estoy cierto de que nunca entrará en España. Acá, ni hombres ni mujeres quieren otra geometria que la que ha menester el sastre para tomar bien la medida.

La mayor tiranía de la moda es haberse introducido en los términos de la naturaleza, la cual por todo derecho debiera estar exenta de su dominio. El color del rostro, la simetria de las facciones, la configuracion de los miembros experimentan inconstante el gusto, como los vestidos. Celebraba uno por grandes y negros los ojos de cierta dama; pero otra que estaba presente, y acaso los tenía azules, le replicó con enfado: «Ya no se usan ojos negros.» Tiempo hubo en que eran de la moda en los hombres las piernas muy carnosas; despues se usaron las descarnadas; y así se vieron pasar de hidrópicas á éticas. Oí decir que los años pasados eran de la moda las mujeres descoloridas, y que algunas, por no faltar á la moda, ó por otro peor fin, á fuerza de sangrías se despojaban de sus nativos colores. Desdicha sería si con tanta sangría no se curase la inflamacion interna, que en algunas habria sido el motivo de echar mano de este remedio. Y tambien era desdicha que los hombres hiciesen veneno de la triaca, malogrando en estragos de la vida el color pálido, que debieran aprovechar en recuerdos de la muerte.

¿Quién creerá que hubo siglo y áun siglos en que se celebró como perfeccion de las mujeres el ser cejijuntas? Pues es cosa de hecho. Consta de Anacreon, que elogiaba en su dama esta ventaja, Teócrito, Petronio y otros antiguos. Y Ovidio testifica que en su tiempo las mujeres se teñian el intermedio de las cejas para parecer cejijuntas: *Arte supercilii confinia nuda repletis*. Tan del gusto de los hombres hallaban esta circunstancia (1).

(1) Madama de Longe Pierre, que tradujo á Anacreon en verso frances, prueba con pasajes de Horacio, Luciano y Petronio, que hubo tiempo en que las frentes pequeñas de las mujeres eran de el gusto de los hombres, y circunstancia apreciable de la hermosura.

Esta variedad de gusto se nota más fácilmente en diferentes naciones, que en diferentes siglos. Los abisinios aprecian las narices rebajadas ó con poquísima prominencia. Los persas las corvas ó aguilenas, porque así, dicen, era la de Ciro. Los de el Brasil machacan la punta de la nariz á los infantes. Entre los de Siam se tiene por deformidad la blancura de los dientes, y los tienen de negro ó encarnado. En Guinea, taladrando el labio infe-

rior á las niñas, procuran engrosarle y derribarle, lo que tienen por gran belleza. La idea de la hermosura en la China es cuerpo pesado, vientre crecido, frente ancha, ojos y piés pequeños, pequeña nariz, grandes orejas. Los de Mississipi componen á los niños la cabeza en punta. Y en parte de este principado de Asturias les allanan la parte posterior. De lo dicho se infiere que lo que llamamos *belleza* depende en gran parte de nuestra imaginacion, y lo más notable es, que la imaginacion de muchos suele provenir de la imaginacion de uno sólo; esto es, de aquel que por capricho ó antojo fué autor de la moda.

Acabo de decir que la mayor tiranía de la moda es haberse introducido en los términos de la naturaleza, y ya hallo motivo para retractarme. No es eso lo más, sino que tambien extendió su jurisdiccion al imperio de la gracia. La devocion es una de las cosas en que más entra la moda. Hay oraciones de la moda, libros espirituales de la moda, ejercicios de la moda, y áun hay para la invocacion santos de la moda. Verdaderamente que es la moda la más contagiosa de todas las enfermedades, porque á todo se pega. Todo quiere esta señora que sea nuevo flamante, y parece que todos los dias repite desde su trono aquella voz que san Juan oyó en otro más soberano: *Ecce nova facio omnia*; «Todas las cosas renuevo.» Las oraciones han de ser nuevas, para cuyo efecto se ha introducido y extendido tanto entre la gente de córte el uso de las *Horas*. Pienso que ya se desdeñan de tener el rosario en la mano, y de rezar la sacratísima oracion del Padre nuestro y la salutacion angélica, como si todos los hombres, ni áun todos los ángeles, fuesen capaces de hacer oracion alguna que igualase á aquella, que el Redentor mismo nos enseñó como la más útil de todas. Los libros espirituales han de ser nuevos, y ya las incomparables obras de aquellos grandes maestros de espíritu de los tiempos pasados son despreciadas como trastos viejos. En los ejercicios espirituales cada dia hay novedades, no sólo atemperadas á la necesidad de los penitentes, mas tambien tal vez al genio de los directores. Los santos de devocion tampoco han de ser de los antiguos. Apénas hay quien en sus necesidades invoque á san Pedro ni á san Pablo, ú otro alguno de los apóstoles, sino es que el lugar ó parroquia donde se vive le tenga por tutelar suyo. Pues en verdad que por lo ménos tanto pueden con Dios como cuantos santos fueron canonizados de tres ó cuatro siglos á esta parte. Es verdad que el gloriosísimo san Josef, aunque tan antiguo, es exceptuado; pero esto depende de que, aunque es antiguo en cuanto al tiempo en que vivió, es nuevo en cuanto al culto. Con que sólo la devocion de María está exenta de las novedades de la moda.

En nada parece que es tan irracional la moda, ó la mudanza de moda, como en materias de virtud. Las demas cosas, como ordenadas á nuestro deleite, no siguen otra regla que la misma irregularidad de nuestro antojo; y así, variándose el apetito, es preciso se varie el objeto; pero como la virtud debe ser y es al gusto de Dios (si no, no fuera virtud), y Dios no padece mudanza alguna en el gusto, tampoco debiera haberla de parte del obsequio.

rior á las niñas, procuran engrosarle y derribarle, lo que tienen por gran belleza. La idea de la hermosura en la China es cuerpo pesado, vientre crecido, frente ancha, ojos y piés pequeños, pequeña nariz, grandes orejas. Los de Mississipi componen á los niños la cabeza en punta. Y en parte de este principado de Asturias les allanan la parte posterior.

De lo dicho se infiere que lo que llamamos *belleza* depende en gran parte de nuestra imaginacion, y lo más notable es, que la imaginacion de muchos suele provenir de la imaginacion de uno sólo; esto es, de aquel que por capricho ó antojo fué autor de la moda.

No obstante, yo soy de tan diferente sentir, que ántes juzgo que en nada es tan útil la mudanza de moda (ó llamémosla con voz más propia y más decorosa, modo) que en las cosas pertenecientes á la vida espiritual. Esta variedad se hizo como precisa en suposición de nuestra complexion viciosa. La devoción es tediosa y desabrida á nuestra naturaleza. Por tanto, como al enfermo que tiene el gusto estragado, aunque se le haya de ministrar la misma especie de manjar, se debe variar el condimento; asimismo la depravacion de nuestro apetito pide que las cosas espirituales, salvando siempre la substancia, se nos guisen con alguna diferencia en el modo.

Esta consideracion autoriza como útiles los nuevos libros espirituales que salen á luz, como sean nuevos en cuanto al estilo. No hay que pensar que algun autor moderno nos ha de mostrar algun camino del cielo distinto de aquel cuyo itinerario nos pusieron por extenso los santos padres y los hombres sabios de los pasados siglos. Pero reformar el estilo anticuado, que ya no podemos leer sin desabrimiento, es quitar á ese camino parte de las asperezas que tiene; y el que supiere proponer las antiguas doctrinas con dulces, gratas y suaves voces, se puede decir que templó la aspereza de la senda con la amenidad del estilo.

No sólo en esta materia, en todas las demas la razon de la utilidad debe ser la regla de la moda. No apruebo aquellos genios tan parciales de los pasados siglos, que siempre se ponen de parte de las antiguallas. En todas las cosas el medio es el punto central de la razon. Tan contra ella, y acaso más, es aborrecer todas las modas, que abrazarlas todas. Recíbese la que fuere útil y honesta. Condénese la que no trajere otra recomendacion que la novedad. ¿A qué propósito (pongo por ejemplo) traernos á la memoria con dolor los antiguos bigotes españoles, como si hubiéramos perdido tres ó

cuatro provincias en dejar los mostachos? ¿Qué conexión tiene, ni con la honra, ni con la religion, ni con la conveniencia, el bigote al ojo, de quien no pueden acordarse, sin dar un gran gemido, algunos ancianos de este tiempo, como si estuviese pendiente toda nuestra fortuna de aquella deformidad?

Lo mismo digo de las golillas. Los extranjeros tentaron á librar de tan molesta estrechez de vestido á los españoles, y lo llevaron estos tan mal, como si al tiempo que les redimian el cuerpo de aquellas prisiones, les pusiesen el alma en cadenas.

Lo que es sumamente reprehensible es, que se haya introducido en los hombres el cuidado del afeite, propio hasta ahora privativamente de las mujeres. Oigo decir que ya los cortesanos tienen tocador, y pierden tanto tiempo en él como las damas. Oh escándalo! oh abominacion! oh hajeza! Fatales son los españoles. De todos modos perdemos en el comercio con los extranjeros; pero sobre todo en el tráfico de costumbres. Tomamos de ellos las malas, y dejamos las buenas. Todas sus enfermedades morales son contagiosas respecto de nosotros. ¡Oh si hubiese en la raya del reino quien descaminase estos géneros vedados (1)!

He reservado corregir lo que pueden tener de vituperable en lo moral las modas de las mujeres para la siguiente carta, en cuya letura toda dama bien intencionada puede figurarse haber sido escrita para ella (*).

(1) El estudioso afeite y pulimento de los hombres, no sólo los hace ridiculos y contentibles, mas tambien sospechosos. De mi dictámen, las mujeres honestas deben huir su trato ó tratarlos por lo ménos con suma cautela. Oigan á Ovidio, que entendia bien estas materias:

*Sed vitate viros cultum, formamque professos,
Quique suas ponunt in statione comas.*

(*) Omitimos una carta de Teófilo á Paulina, que el autor ponía á continuacion, que se reducía á una declamacion contra las modas escandalosas de las mujeres. — V. de la F.

SENECTUD MORAL DEL GÉNERO HUMANO.

§ I.

Del mismo modo y con la misma frecuencia que se dice que el mundo, con el discurso del tiempo, se deterioró en lo físico, se asegura que el hombre, tomado en comun, se estragó en lo moral. Celébranse los tiempos antiguos y se abomina el presente. Dícese que entonces reinaba la virtud, ahora el vicio; que la justicia, la verdad, la continencia, la moderacion hicieron su papel en otros siglos, en cuyo lugar sucedieron al teatro del mundo, para representaciones trágicas, la codicia, el engaño, la incontinencia, la usurpacion, la tiranía, con todas las demas pestes del orbe. En el primer tomo (**) impugnamos el error comun de la senectud física del mundo; ahora impugnaremos el error, que

(**) Página 30 de este tomo.

no es ménos vulgar, de la senectud moral del género humano. Dámosle este nombre por la analogía que tiene el estrago que puede hacer el tiempo en las almas con el que hace en los cuerpos.

Quisiera que se me dijera qué siglos felices fueron esos en que reinaron las virtudes. Búscolos en las historias, y no los encuentro. Tan semejante me parece el hombre de hoy al de ayer, que no le distingo. No bien se perdió el estado de la inocencia, cuando se vió en su mayor altura la malicia. ¿Qué alevosía más feamente circunstanciada que la de Cain con Abel? No ménos entre los hombres que entre los ángeles, se observa gigante el vicio desde su propio nacimiento.

Como se fueron multiplicando los hombres, se fueron multiplicando los vicios. Al paso que iba el hombre poblando la tierra, la iba desolando la culpa. ¿Cuándo se vió de tan feo semblante el mundo como en aquel des-

dichado siglo en que, exceptuando una familia corta, tantos eran en la especie humana los delincuentes como los individuos? Estaba el orbe recién engendrado, y ya todo corrompido. Todo era un abismo cubierto de nuevas tinieblas, nuevo caos, más horrible que el que habia desviado la mano omnipotente. No sólo no habia hombre que no fuese reo, no producía el alma pensamiento que no fuese nueva culpa; que á este extremo de ponderacion llega el escritor sagrado. Tan despótico dominaba el vicio, que no consentía aún como peregrina la virtud.

Vengó Dios sus agravios con el diluvio universal; que para ahogar una ofensa sin límites, era preciso echar sobre ella un océano sin márgenes. Volvió á propagarse en la fecundidad de una familia la desolada propapia, y no bien se vió en bastante número, cuando conspiró acorde en una ambiciosa osadía. ¿Quién creerá que estando tan cerca el castigo, estuviese tan lejos el escarmiento? Debajo del imperio de Nemrod emprendió todo el linaje humano la construccion de la torre de Babel, en que algunos padres y expositores quieren que hubiese intervenido aún el mismo Noé con sus hijos, bien que con diferente motivo que los demas, y acaso para impedir mayores daños. Atajó Dios el soberbio intento, y se esparcieron los hombres por el mundo.

Fundóse entonces la monarquía de Babilonia sobre la usurpacion de Nemrod, hombre sagaz y robusto. Este fué el mayor robo que se vió jamas. Un hombre sólo despojó á todos los demas de su libertad, haciendo sujetos á los que habian nacido iguales. La ereccion de este imperio fué cimiento de la idolatría, convirtiéndose los mortales, despues de difunto Nemrod, en adorarle como deidad, si ya en vida el tirano no se habia hecho prestar culto sacrilego, como es bien creíble. Muchos autores cargan esta culpa sobre su hijo Nino; pero esto es tan incierto, que aún se duda que Nino fuese hijo de Nemrod. Tan oscura es la historia de aquel tiempo, que algunos graves escritores suponen á Nino posterior mil años á aquel primer tirano. Lo que parece cierto es, que, ó viviendo Nemrod, ó muy próximamente á su muerte, empezó la idolatría; pues cuando Abraham vino al mundo, que no fué mucho despues, halló ya la supersticion muy radicada. Aun el padre y abuelo de Abraham se cree que fueron idólatras. Del padre lo afirma expresamente la Escritura al capítulo xxiv de Josué. San Epifanio y Suidas á Sarug, bisabuelo de Abraham, hacen inventor de los simulacros gentílicos (1).

Preguntó ahora: ¿cuándo se vió tan perversa generacion como la de aquel siglo? Estaba reciente el tremendo castigo del diluvio. Vivian aún Noé y sus hijos, testigos de la tragedia, que no dejarían de revocarla á la memoria; y sin eso, en los vestigios frescos del estra-

(1) Donde decimos que se cree que el padre y abuelo de Abraham fueron gentiles, se debe notar que de el padre lo dice expresamente la Escritura, al capítulo xxiv de Josué, versículo 2. En el mismo lugar dice que Nachor fué tambien idólatra. Llamábase así el abuelo de Abraham. Pero como este patriarca tuvo un hermano de el mismo nombre de el abuelo, y no se expresa allí de cuál de los dos se habla, no podemos afirmar la idolatría de el abuelo de Abraham con la certeza que la de el padre.

go veian la sangre del azote. Con tan horrible espectáculo á la vista, vuelven la cara al ídolo, y á Dios la espalda. Segun los autores que hacen á Nino hijo de Nemrod, esta prevaricacion fué muy universal, porque entre Nino y Zoroastro parece estaba entonces dividido el imperio del mundo, y entrambos fueron idólatras. Más probable es que estos dos príncipes fueron muy posteriores. De todos modos consta que en tiempo de Abraham estaba ya muy extendida la idolatría.

A la sombra de esta ceguera crecieron en breve tiempo los demas vicios á una estatura disforme, de que dan testimonio claro las abominaciones de Sodoma y de las otras cuatro ciudades de la desdichada Pentapolis, que fueron reducidas á cenizas. No sólo en las naciones cultas, aún en los países más bárbaros no se hallan hoy hombres más distantes de ser racionales que aquellos.

§ II.

Desde aquella remota antigüedad hasta la guerra de Troya, en los escritores profanos apenas se hallan sino fábulas; pero las fábulas mismas declaran la verdad que vamos probando. Exceptuando la poca tierra que pisaba el pueblo de Israel, todo lo demas estaba dominado de la idolatría, y se conoce cuáles serian los hombres, cuando suponían delincuentes las mismas deidades. Adúlteros á Júpiter, Marte y Vénus; ladrón á Mercurio; lascivos á Pan y Apolo; generalmente enredados unos con otros en discordias y engaños. Si se proponían en sus dioses tales dechados, ¿quién no miraría con amor los vicios?

Peró siguiendo el hilo de la historia sagrada, que es la única que ha quedado verdadera de aquellos tiempos, á vueltas de ilustres ejemplos, no hay generacion donde no se tropiece en los horribles escándalos. El enorme incesto de las hijas de Lot, la implacable ojeriza de Esaú con su hermano Jacob, la atroz perfidia de Simeon y Leví con los habitadores de Sichen, la conspiracion de los envidiosos hermanos contra el inocente Josef, que se sucedieron en breve tiempo, con la circunstancia de ser cometidos todos estos insultos dentro de una familia donde Dios estaba lloviendo bendiciones, no sé que con esta circunstancia tengan paralelo en nuestros siglos.

De la descendencia de los hijos de Jacob durante el cautiverio de Egipto, nada oímos sino el ruido de las cadenas y el clamor de los gemidos, que sólo nos dicen que los amos eran tiranos, sin declararnos cuáles eran los siervos; pero no bien salieron de la esclavitud á fuerza de maravillas, cuando los vemos ingratos, rebeldes, contumaces, idólatras. Jamas alguna gente con más torpeza abusó de las divinas piedades. Ocupada ya la tierra de promision, en el interregno que sucedió á la muerte de Josué, entre los enemigos del pueblo de Israel se presenta la bárbara crueldad de Adonibezec, rey de Jerusalem, que tenia debajo de su mesa setenta reyezuelos cortadas las extremidades de manos y piés. ¿Cuál príncipe ó tirano de la Asia usa de violencia tan extraña en los tiempos de ahora con los prisioneros de guerra? Luégo vemos á los israelitas mezclados en matrimonios y en ritos con los cananeos, jebuseos y fere-